

N°
1

EDITORIAL



EQUIPO

Dirección:

Catalina Hernández Segura

Producción:

Gabriela Zúñiga Irigoin

Edición literaria:

Natalia Figueroa

Dirección de arte:

Arlette Cifuentes

Colaboradores:

Daniela Catrileo

Belén Fernández Llanos

Josefina González

Martín Sepúlveda

Gabriel Sánchez

Daniel Villalobos

Gerardo Jara

Carlos Cardani

Valentina Bresciani

Martín Sepúlveda

Pablo Delcielo

Arlette Cifuentes

Sabina Ahumada

Fa Casol

Cinthya Rubianes

Logo creado por

Delfina Harms

Diseño de la portada

Valentina Bresciani

Primera publicación en abril 2026
por Revista La Lengua

Conoce más

[instagram.com/revistalalengua](https://www.instagram.com/revistalalengua)

Cada texto e ilustración lleva su autoría, por favor
contáctanos en caso de cambios y/o correcciones.

Agradecimientos:

El Ciudadano

Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM)

Matucana 100

Teatro UC

Teatro Mori

Teatro Camilo Henríquez

Librería Inquieta

Librería Pedaleo

A nuestros amigos, amigas, familiares, amores y
mascotas, sin su compañía, no sería posible.

BIENVENIDOS

Esta historia, como muchas, ha empezado varias veces. Partió como una idea para poder publicar esos escritos que sabíamos que nuestros amigos tenían guardados en sus notas del teléfono o en alguna carpeta de archivos, con ilustraciones que acompañaran todas las palabras que a nosotras nos había gustado tanto leer y terminó siendo un espacio de obras de teatro, de lecturas, de comentarios, de reseñas, de películas y entrevistas que nos interesaban y no encontrábamos en otra parte.

Ahora, que aparecemos acá frente a ustedes, o al igual que ustedes, llenas de preguntas sobre el futuro de la cultura, sobre los fondos que financian la posibilidad de mostrar un trabajo artístico (como el que tienes en las manos), las horas laborales o el mundo distópico en el que estamos, diría que sencillamente, somos mujeres trabajando por algo en que por alguna razón, todas creemos.

Entonces pensé en eso, en que en realidad, si bien esta revista independiente, que estás a punto de leer, tiene ya cinco años de historia, el desafío en esta editorial, que enumeramos como primera en su especie -quince páginas en papel-, es relatar el cómo y más aún el por qué nos embarcamos en un proyecto en medio de fuertes temporales. Creo que la manera más justa, sería diciendo que todas las personas que trabajamos en esta edición, creemos en la literatura. Que a todas, alguna vez un libro nos hizo sentir que teníamos el mar en los ojos y que por eso, cuando apareció la oportunidad de respirar un poco de la pantalla y navegar por la estimulante y terrorífica marea de lo análogo, dijimos que sí.

Espero que disfrutes estos textos, en los que nuestras y nuestros invitados nos ayudaron a presentarnos escribiendo sobre este particular y sincero músculo que es La Lengua.

Catalina Hernández Segura

Directora

POR MARTINSEBRA





ILUSTRACIÓN POR PABLO DELCIELO

OLOR A ROSA

Casi no hay fotos de la Rosita en mi teléfono. Cuando tienes guagua —o cuando yo tuve una, es algo que no he podido hablar con nadie más— los animales pasan a otro lugar en la jerarquía de lo importante. Los restos de mí, la sobra de mi cansancio de puérpera, solo eso le pude dar.

Llegó hace dos años a nuestro terreno. Apareció con su cuerpo flaco, negro y café, su cara común de quiltra. La ignoramos un día. Ya teníamos dos gatos, un hijo, un crédito hipotecario, para qué más responsabilidad. A la segunda noche, se acostó en nuestro living con la guata hacia arriba, las patas mirando al techo, iluminada por el fuego de la estufa. Así nos dijo que esta era su casa. Asentimos y le dimos un nombre: Rosa Mosqueta. Creemos que fue ella quien invitó a otra perra, y como donde comen seis, comen siete, para seguir con los frutos del sur la llamamos Murta. Cansada, lavando la loza, las miraba por la ventana de la cocina. A veces corrían como dos flechas lanzadas por el mismo arco, otras veces se acostaban cabeza con cabeza mirando juntas el cielo de la décima región.

Debimos haber cercado.

Poner un límite a tanta libertad.

Eso debimos haber hecho.

El sur es hermoso, no me quiero ir jamás, pero acá, cuando una perra desaparece, no te avisan los vecinos, ni alguien que llama porque vio su cara en un cartel. Acá te avisan los jotes. A la orilla del camino, luego de 48 horas sin verla, pájaros negros comían el cuerpo inerte de mi Rosa.

Al enterrarla, Murta no se dio cuenta de que el bulto envuelto en un cubrecama que bajamos del auto era ella. Pero en un momento parece que la tela dejó salir su olor. Murtita estiró su cuello, levantó la nariz y la buscó en el aire. Estaba ahí, era ella, su compañera, no había dudas, no la veía pero la podía sentir con la verdad irrefutable del olfato. Cuando la estela transparente de Rosa se desvaneció en el viento, Murta saltó tratando de seguir lo que quedaba de ella. Olfateó a la izquierda, a la derecha, confundida. Todos los animales en duelo somos parecidos.

Casi no lloré a la Rosa, no tuve tiempo. Seguí como sigue la gente que trabaja todo el día y al final de la jornada llega a criar. Tiempo después recordé que alguna vez compré un libro sobre un perro. Había escuchado en un podcast que Kaidú, de Paula Pérez Alonso, es la historia de una chica que conoce a un hombre, se enamora de él, pero se enamora también, y quizás más, de su perro. La narradora cuenta el idioma que construye con Kaidú, el abecedario de gestos que arman ese vínculo. Cuenta, más bien, que a pesar de todos los rasgos de domesticidad, los perros guardan en su interior algo indomable. Aunque usen nuestro sofá y se alimenten de nuestra mano, hay algo de ellos que se nos escapa y aun así amamos. O tal vez justamente eso sea el amor.

Encontré el libro sellado con plástico, ni siquiera lo había abierto. En la portada una foto recorta la parte inferior de una mujer: sus muslos, sus botas, de la mano cuelga una correa para pasear animales. Al lado, sentado, mirando hacia arriba, aparece un perro igual a Rosa Mosqueta, idéntico. Solo ahí dejé que la pena —la culpa— hiciera lo suyo conmigo. Fue la foto que me faltaba, la imagen que no tenía en mi teléfono, la que necesitaba para llorar.

POR BELÉN FERNÁNDEZ LLANOS
Escritora



EL BESO ETERNO

Ingrid Bergman y Cary Grant, dos de las personas más hermosas que hayan sido filmadas por una cámara, se besan en el balcón de un departamento en Río. El contacto es breve, pero la pareja no se separa. Al revés. Las cabezas se mantienen juntas, la cámara se acerca en vez de alejarse y mantiene el plano sin que haya un corte.

Sin soltarse, sin dejar de hablar ni besarse, los dos entran al departamento desde el balcón y caminan a la mesa del teléfono (esta es una época pretérita donde los teléfonos fijos tenían un lugar y una mesa en las residencias). Cada breve diálogo es puntuado por un beso. La caricia es un contrapunto al cinismo del diálogo. Ella le dice que este es un romance muy extraño, ya que él probablemente no la ama.

El hombre está de acuerdo. Pero no la suelta y no deja de besarla, incluso mientras marca el número de su hotel y pregunta si le ha llegado un mensaje y entonces le dicen que sí, que tiene un recado que le leen por el auricular. Ella no lo sabe, no puede saberlo todavía, pero ese es el mensaje que va a obligar a Cary Grant a romperle el corazón.

Notorious (1946) fue la película número 32 en la carrera del cineasta Alfred Hitchcock. Ya era para entonces un director veterano, que había pasado del cine mudo al sonoro y de la industria inglesa a la estadounidense.

Notorious nació de una pregunta muy simple: ¿Cómo contar una historia romántica entre una mujer ansiosa de amar y un espía obligado por el deber a empujarla a los brazos de otro hombre? Cary Grant es un agente secreto. Ingrid Bergman es la hija de un famoso simpatizante de los nazis. Los jefes de Grant le ordenan convencerla para que ella use sus contactos y seduzca al líder de los nazis que han huido de la Alemania derrotada y se han refugiado en Brasil.

Todo eso es una anécdota. Pero lo que le interesaba a Hitchcock, tal como se lo contó a su colega Francois Truffaut años más tarde, era la historia de amor. La mujer cree que el hombre sólo fingió quererla para manipularla. Por las circunstancias de la intriga, el hombre no puede decirle que en verdad la ama aunque la está enviando a una situación de peligro mortal.

Pensé que me amabas, pero ahora veo que sólo estabas actuando / No puedo decirte que te amo, porque eso destruiría la misión. La paradoja le encantaba a Hitchcock porque resumía de manera cristalina uno de los grandes temas de su cine: las palabras son engañosas, pero los gestos nunca mienten.

“Cuando duermes con alguien, tu cuerpo hace una promesa aunque tu mente no lo sepa”, le dice Cameron Díaz a Tom Cruise en una olvidada película del 2001 llamada Vanilla Sky. Es una buena línea -la mejor del filme- y es perfectamente aplicable a los amantes de Notorious.

Hitchcock decidió que la escena del beso en el departamento iba a ser el centro emocional de la historia. Esto fue en el año 1946,



COLLAGE POR ARLETTE CIFUENTES

cuando Hollywood estaba bajo estricto control de algo llamado el Código de Producción, que en el fondo era un código de censura.

Una de las cosas que fiscalizaba con más energía el Código eran los besos en pantalla. Se prohibían aquellos que fueran “excesivos y libidinosos, que incluyeran posturas sugestivas con las manos o abrazos demasiado intensos”. El Código recomendaba que ningún beso en cámara durara más de dos segundos.

La solución de Hitchcock fue cumplir la letra del código violando su espíritu. Bergman y Grant se besan en la escena al menos diez veces y cada contacto es brevísimo, puntual y casto. Y sin embargo, el momento es profundamente erótico y ha perdurado hasta hoy como una de las grandes cumbres románticas del cine. Hitchcock filmó el desplazamiento de los actores en un solo movimiento de cámara, que empieza en el balcón y termina bajo techo, con el lente tan cerca de sus rostros

que se puede ver cada pequeño gesto del abrazo, que nunca termina porque el amor en el cine es para siempre.

“Mi idea era que esto era un trío entre la cámara, Bergman y Grant”, le contó Hitchcock a Truffaut en una famosa conversación posterior. Es una broma, pero no es por completo una broma.

Una de sus ideas más persistentes (quizás la que ha perdurado hasta hoy en muchas películas actuales) era que la gente va al cine para ver aquello que no deberían ver: un asesinato macabro, un momento de desgarró emocional o la intimidad de una pareja que no quiere dejar de besarse.

Notorious es un gran thriller de suspenso. Tiene momentos magníficos y la secuencia final con los nazis y el marido de Bergman pidiéndole a Cary Grant que lo salve es uno de los grandes finales del cine de Hitchcock.

Sin embargo, el director tenía razón. La escena en el departamento es el centro de la historia. No sólo por la manera brillante en que se las arregló para esquivar la censura, no sólo por la maestría técnica de ese plano continuo, sino porque a través de un gesto (un beso interrumpido que se retoma una y otra vez) el momento muestra al mismo tiempo todo lo que importa: el deseo, la vehemencia del amor recién nacido, la torpeza de los amantes y la brevedad del tiempo que tienen.

No todas las palabras son engañosas y no todos los gestos dicen la verdad, por supuesto. Y aunque Cameron Díaz en Vanilla Sky esté equivocada y no siempre los cuerpos hagan una promesa, la escena de Notorious sigue siendo magnífica e irrepetible porque nos recuerda que el cine es el único lugar donde los amores y los besos duran para siempre.

POR DANIEL VILLALOBOS
Periodista y escritor

ENTREVISTA

LUISA MARABOLÍ:

“Mi lengua no la ocupo desde el odio, sino para contribuir”

La protagonista de Denominación de Origen, la comedia chilena que relata la batalla de San Carlos por tener el título de la mejor longaniza, dirigida por Tomás Alzamora relata cómo la palabra es una herramienta excepcional para tender puentes dentro de una comunidad, como la que lidera en Valparaíso.

Por Natalia Figueroa, periodista Revista La Lengua

Luisa Marabolí Barrientos quiere ser única. Dice que ha vivido casi cincuenta años y que desea seguir haciéndolo sin fórmulas ajenas a su contexto. Más allá de participar en otro proyecto audiovisual, le gustaría impartir clases sobre conciencia social en alguna universidad porque dice que las dirigencias sociales están envejeciendo y el futuro son los jóvenes, quienes no deben perder la memoria. Ella seguirá en ese camino porque no duda de su gran herramienta: las palabras.

Su rol protagónico en la película Denominación de Origen (2025) puso de manifiesto la importancia de l, una figura al que el cine rara vez le ha dado espacio. Pero ella lo es más allá de ese personaje. Su vida en los cerros de Valparaíso la llevó, casi sin buscarlo, a trabajar en la población Montedónico, en Playa Ancha, donde impulsa distintos talleres para la comunidad.

Aceptó participar en la película, porque vio detrás del proyecto la unión y la defensa de una identidad territorial, contado desde el humor. Un puente para llegar a las personas a través de honestidad, risa y sensibilidad. Un filme que ya suma reconocimientos durante 2025, como el Mejor Largometraje en el Festival de Cine Chileno (FECICH), la mejor Dirección en el Buenos Aires Festival Internacional de Cine Independiente (BAFICI) y los premios del Público y Mención especial en el Festival de Cine de Valdivia.



ILUSTRACIÓN
POR VALENTINA
BRESCIANI

Se suma a este éxito que recientemente la película fue transmitida por televisión abierta y en horario estelar, llegando a una audiencia mucho más amplia. ¿Qué significó para ti ese momento?

Tuve hartos sentimientos encontrados. No pensé que iba a llegar tan rápido ahí. Fue sorprendente verme en televisión y en los comerciales durante la semana. La gente me saludó mucho, me subieron mucho los seguidores en Instagram y, nada, para mí es maravilloso. Quiero quedarme con lo positivo de todo esto, lo que ha generado y lo que hacemos como seres humanos. También es sumamente importante, porque las dirigencias sociales siempre hemos sido muy basureadas. Nosotros queremos hacer escuelas de saberes, de verano, de invierno, y nos tratan de comunistas. Yo creo que comunismo es hacer comunidad. La gente se quedó mucho con lo del 73 y no está viendo que nosotras estudiamos y queremos devolver la mano. Y la película refleja muy bien cómo estamos hoy en día, cómo nos chaquetamos, cómo tiramos todos los proyectos para abajo y no vemos las cosas positivas. Inclusive acá, como actriz de Valparaíso, en ningún momento ni La Estrella ni El Mercurio me llamaron para publicitar la película que iba a salir en televisión, ¿me entiendes?

Hablemos de la lengua. ¿Qué importancia tiene la palabra para ti como dirigente social?

La lengua es sumamente importante porque es desde donde puedes visibilizar todo. Si tú no tuvieras la lengua, imagínate, cómo te comunicas, cómo puedes expresarte. Te hace decir lo que piensas y sientes en el momento. Encuentro que es la parte más importante del ser humano porque es un puente para que una pueda comunicar las cosas. Yo empecé con el comedor cultural solidario Montedónico, y todos los en vivo que hice por redes sociales me ayudaron mucho para poder canalizar la ayuda. Encuentro que la lengua es lo que la lleva, porque ahí se expresa tanto lo bueno como lo malo: así como tiramos mucha dulzura, también podemos tirar mucha amargura. Imagínate, yo todo este tiempo que di conferencias, nunca Tomás Alzamora me pautió, siempre me dejó ser yo misma, hablar de lo que yo quisiera. Si quería poner la sigla LGTBQA+, la ponía, o si quería poner lo social, nunca tuve ese problema. Siempre he sido yo misma y, por eso, no me gustaría que me faltara el habla.

¿Recuerdas la primera vez que tomaste la palabra para comenzar a organizar a tu comunidad? ¿Cómo fue ese momento?

Cuando fue el megaincendio en Las Cañas, en 2014, mi pareja vive en ese sector y se les quemó todo. Allí ocupé la primera comunicación para poder ser dirigente, sin querer, porque no sabía qué era ser dirigente ni hacer una olla común. Estuvimos trabajando más de siete meses y continuamos en un comedor y eso fue importante para mí. Después paré un poco y ya, cuando estaba estudiando con gratuidad técnico en gastronomía internacional en Valparaíso, puse en redes que quería dar talleres gratis de panadería y repostería, y empecé con la ruta del pan batido. Al tiempo, una niña tuvo cáncer antes de empezar el comedor cultural, durante la pandemia, e hice una rifa por ella. Eran cien números a luca y la vendí en treinta minutos. Le hice un plato único y reuní más de seiscientos lucas. Y me di cuenta de que con mi lengua, mi palabra, mi empatía, mi bla bla, podía ayudar. Bueno, de cabra chica trabajé de comerciante ambulante, vendí tarjetas de Navidad cuando se ponían los tarjeteros afuera de Correos de Chile. Encuentro que es el don que tengo, el de la palabra, de poder ocuparla positivamente.

Y cuando empezaste a asumir ese rol, ¿tuviste dudas o fue algo que sentiste claro desde el principio?

Lo asumí porque lo vi como un trabajo. Era la única forma de tener experiencia laboral y que no se me enjuiciara tanto por ser travesti, porque igual el problema que tenemos es eso. Imagínate, estudié en el INACAP y eras hombre o mujer, te tenías que cortar el pelo. Yo llegué en un tiempo en que todavía no estaba el nombre social. Hicieron que me cambiara hasta en los baños, porque yo sentía que a los hombres los invadía en su camarín, pero había mujeres a las que tampoco les gustaba que estuviera en el suyo. Ahí me di cuenta de los rechazos que había en la sociedad. Pero luché contra viento y marea para que esto no me detuviera. Por eso trato de ocupar mi lengua, mi comunicación, no desde el odio, sino a la base de la esperanza, para contribuir. En realidad, este diplomado o magíster que uno hace en dirigencia funcional se gana con el tiempo, pero lo busqué para tener una oportunidad para trabajar. Gracias a eso estoy trabajando en la Municipalidad de Valparaíso con los adultos mayores. Hago alimentación comunitaria, talleres de panadería y repostería. Si bien ocupo la alimentación, es para que ellos tengan buena motricidad fina, memoria, y que sepan que las travestis no solamente sabemos prostituirnos, que también podemos ser profesionales y que podemos ser un aporte a la sociedad. Y la gente te respeta. A mí siempre me han conocido con el nombre Luisa. Por eso lo que más cuidé con Tomás fue que no victimizara a la cola, porque la película no era sobre mí, era sobre un pueblo.



En la historia oral suele haber una autenticidad muy profunda. ¿Qué relatos han aparecido en el trabajo territorial que haces?

Creo que con esto aparece lo que perdimos: las comunidades. Si bien Montedónico es una comunidad, está al lado de Joaquín Edwards Bello, Joaquín Lepeley, Puertas Negras, hace muchos años hubo muchas rivalidades entre ellos. Y esto de hacer escuelas de verano, de poder recopilar un poco su memoria, o cómo ellos llegaron es súper bueno para los niños. Antes se hacía todo en comunidad y en poblaciones, pero hubo un tiempo en que dejaron que todo se individualizara. En cambio, yo busco recuperar eso, que tengan conciencia de que sus familiares no llegaron porque era el lado más malo. Es muy importante para la juventud ahora que sepa que su abuela se sacó la chucha para tener el terreno que tuvo, que la tía estuvo mucho tiempo sacándose

la cresta para esto, que no es nada regalado. Y dejar un documental o una película, como dijo Tomás, es eterno.

Comenzó un gobierno de ultraderecha, donde los derechos de comunidades, diversidades, mujeres, pueblos indígenas, están en riesgo. Desde la política comunitaria y local, ¿qué desafíos ves hacia adelante?

Bueno, yo voy a seguir con mi herramienta, que son los talleres, los saberes, la escuela de verano, y seguir haciendo lo mismo que estoy haciendo. Para mí, la seguridad preventiva es sacar el talento a los cabros, que puedan salir adelante. Así como en Montedónico hay tres niños que son seleccionados nacionales de stand-up paddle y que ahora van a Iquique, que están juntando platita para ir a Italia representando al país. Y qué bonito es ver cabros de 13, 14 años que ahora digan que el mar es su vida, que no es solamente el fútbol o el canto urbano. Yo creo que mucha gente, muchas niñeces, son buenas para escribir, dibujar, que tienen muchos talentos ocultos, pero faltan explotarlos. Yo encuentro que eso tenemos que hacer como comunidad: explotar sus talentos. Y yo encuentro que menos pacos, menos cámaras y más lucas para cosas culturales sería lo más bueno que pudiera pasar. Si bien en este tiempo vamos a estar un poco alejados de lo que es la comunidad y de todo, hay que salir adelante y tratar de hacerlo desde el no al odio, para que no nos traten mal. Porque ya estoy cansada de que nos traten mal porque queremos hacer comunidad. Nos dicen que se vayan los comunistas, que se vayan. Yo no recibo ni un peso por hacer comunidad, ni un IFE ni un derecho social. En cambio, la gente no sabe que esos derechos sociales los puede perder.

Para quienes buscan organizarse o hacer política desde sus comunidades, ¿qué consejo darías sobre el uso de la palabra?

Que sean empáticos, que hablen a través del corazón, a través del amor, que traten de buscar esa empatía que hemos perdido como seres humanos. La empatía de preguntarle al de al lado cómo se siente. Yo encuentro que los jóvenes se tienen que preocupar de eso, de criticar menos, y ser menos cuestionables, y que no se autosobajes, no se autoboicoteen, porque mientras más información hay, más nos autoboicoteamos. La gente no quiere hacer nada por el miedo a tener una derrota, pero es parte de la vida. Es lo mismo cuando me dijeron, oye, ¿quieres ser protagonista de una película de la longaniza? Yo al tiro pensé que era para agarrarme para el hueveo y no era así. A través de la comedia podemos hablar igual los temas y decir cosas fuertes, sin que la gente lo tome mal y se ría. Yo encuentro que todo sueño es posible y que los jóvenes son el presente y el futuro de Chile. Necesitamos más dirigentes porque se están envejeciendo. Y cada vez es menos gente la que quiere ser parte de la política, pero como te dije, todo es política. Estudiar es política, cantar es política, estar en una misma es política, dar almuerzo es política.

¿En qué estás trabajando ahora? ¿Te gustaría seguir vinculada al cine o a nuevos proyectos audiovisuales?

Mira, son pocos los cupos trans para trabajar en lo audiovisual. De a poco han salido algunos proyectos. Pero, a ver, ¿qué es lo que viene para la Luisa? Ser feliz, estar tirando para arriba. Yo dije que todo lo que viniera después de la película iba a sumar. Y si puedo trabajar de nuevo en una comedia, en otra película o en televisión, sería re buena onda. No me cierro a nada, ¿me entiendes? Yo ya me siento feliz, me puedo morir feliz. Encuentro que he logrado mucho en la vida y lo voy a seguir logrando todavía. Igual viene algo pequeñito por un lado, por otro. Hay Luisa para rato.



ILUSTRACIÓN POR SABINA AHUMADA

UN GRANITO DE SAL

POR DANIELA CATRILEO

Estamos en absoluta oscuridad, no temas.

Nos han arancado hoja a hoja como quien roba un fruto prematuro
demasiado joven para caer.

Esas cáscaras no estaban preparadas
para escindir su corteza y ostentar la miel
por ello, no hubo pájaro alguno picoteando la flor desnuda
porque la verdad era un reino
nuestro reino, una lengua de selva y llovizna.

Pero aquí nos tienen entumecidas bajo sombras.
Y me pregunto: ¿dónde está el vientre de mi madre?
esa matriz de hierba densa que guarda del trueno.

La respuesta es un machetazo sobre el lomo
reluciente su curva afilada.

No hay más que violencia sobre lo que alguna vez contuvo la belleza.
La furia también es un lecho de río
donde todo se bifurca hasta la extinción pequeños insectos
musgos líquenes moluscos.

Quizás no todo desaparece sumergido en las aguas, al contrario
una molécula puede tener su propio cosmos
un tejido de arboledas diminutas
raíces órganos frondosos intuiciones que
se enredan unas con otras
se encuentran para germinar y no morir en el deseo.

Tal vez una existencia que carece de gloria
para un ojo imperial que se expande.

De todas formas, es muy tarde para volver
el retorno es un espectro de espuma, un manto demasiado suave para sentir horror.
Una mancha de aceite en el océano que jamás jamás se hunde.

No queda más que cerrar los ojos y fingir,
imaginar a esas niñas que agitaban sus cabellos como toninas
mientras corrían montaña arriba
con una hilera de animales tras sus pasos.

Cada quien escondía almendras de cacao y café entre sus dedos,
guardaban el fuego para el próximo invierno
un deseo que se lanza al aire.

Era cuestión de mirar el cielo y apuntar la ubicación del sol
hacer sombrilla con las manos cóncavas
para improvisar efemérides de amparo y cosecha.

La vida en ese instante era un granito de sal,
ínfima y secreta en su pequeñez.

RESEÑAS LITERARIAS

HISTORIA DE MI LENGUA, *Claudia Apablaza (Overol)*



Por Gerardo Jeria,
librero de Inquieta Librería

Acá la referencia es muy obvia, pero no por eso menos interesante o al menos provechosa. La narradora chilena ha migrado a España y, en una ida al dentista, queda trastocada tanto por la conversación extraña entre dos personas que hablan españoles distintos, como por la ocurrencia de nunca haberse preguntado por su forma de hablar. Esta ida al dentista es la catapulta para que la narradora comience a preguntarse cuántas veces su lengua ha sido criticada u observada o, como ella dice, cuál es la historia de su vida, la que no parece la misma en todos lados.

No pensamos frecuentemente en algo que ocupamos todos los días. De hecho, no pensamos en “cómo ocupamos la lengua” o mejor dicho “cómo ocupamos el lenguaje”. Nuestros errores suelen destacarse al comienzo del liceo o colegio. Errores que serán prontamente corregidos o razón de risa en algún evento familiar, o si con amigos dijimos una tontera que cayó bien, o fue razón para que nos webiaran.

Tal vez si tuvimos alguna dificultad fonoaudioló-

gica pudimos percatarnos que algo no andaba bien. Podemos también equivocarnos al no entender el código que se puede estar manejando en una reunión o clase (¡mandé mal un mail!), pero creo son pocas las instancias donde alguien podría decirnos que estamos ocupando mal el lenguaje o estamos hablando mal.

Hablo de estas situaciones porque tienden a mostrarnos lo desencajados que podemos estar de lo que nos rodea, de quién está a nuestro lado. Y no lo digo de mala onda, pero el habla, el expresar, es tan libre que llega a ser confuso, extraño, poco común y, como el decirnos cosas es la principal manera de comunicarnos, obvio que ocurrirán tropiezos. Por lo bajo, risas leves.

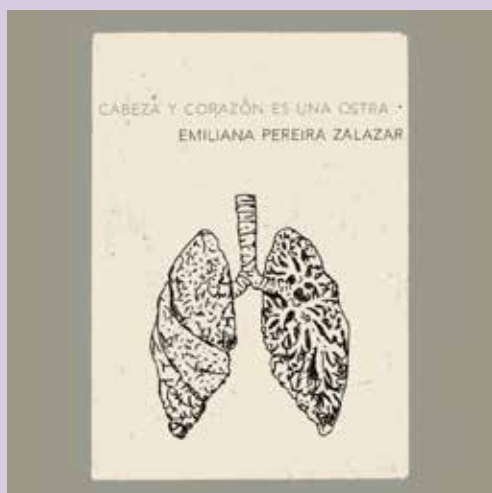
En Perú, si mal no recuerdo, “al tiro” es de inmediato, ahora. Una vez escuché de un chileno que le dijo a un conductor de taxi peruano:

¡Necesito que me lleves al tiro!

¡Pero caballero, no tengo una máquina teletransportadora!

Una micro historia de torpezas de la lengua.

“QUÉ MÁS QUISIERA YO QUE ESTA LENGUA TOMARLA Y CON EL FILO DE MIS DIENTES CORTAR”



Por Carlos Cardani,
librero de Pedaleo Librería

otros cuerpos. A través de un vaivén entre prosa y poesía, el poemario explora la sensibilidad del tacto y, a la vez, la conciencia de la materialidad con la que estamos hechos.

En el libro, el cuerpo se presenta escindido: mi cuerpo no soy yo. Más bien, no soy solo este cuerpo. Así, cabeza piensa, corazón siente. Las acciones están separadas del individuo, aunque sus movimientos estén unidos a la carne. De este modo, la boca, la lengua, los labios, por ejemplo, ejercen su rol:

“y entre beso y beso, dolor y dolor
no porque la boca conozca a la boca sabe
cómo late mi corazón”

La boca siente el beso, pero desconoce lo que remece al corazón o piensa la cabeza cuando se juntan los labios; la contradicción del yo entre lo que hace y siente. En ese sentido, el yo no es la suma de elementos que componen al cuerpo, pues estos responden sin tener consideración de las intenciones pensadas y sus consecuencias.

En el caso específico de la lengua, órgano encargado de expresar las palabras, esta toma rol incluso en su no acción. En el imaginario de Pereira, otras partes del cuerpo pueden descansar o no moverse, pero una lengua quieta replica el silencio como parte del lenguaje:

“trato una y otra vez de nombrarnos, de darnos una cuota de lenguaje
pero el lenguaje es gris
y esto es inmenso”

A lo largo del texto, la presencia de la lengua se traduce en que en ella habitan las posibilidades del decir y del callar. En uno de los poemas, la hablante da cuenta de un encuentro con un otro

cuyo lenguaje no es necesariamente el de la palabra:

“Y le miraba la lengua

rosa intenso

salpicando gotas en el cuenco inferior de la boca

se acumulaba un pozón de saliva

y la lengua chapoteaba

en cada jota

y yo decía después

que se callara, que no entendía cómo hablaba
por qué si tenía cola y un puñado de plumas”

A lo largo del texto, la hablante inquires maneras de entendimiento que, finalmente, se concretan a través del brote de una semilla. Comunicar, de esta manera, abriría un espectro más amplio que el lenguaje mismo.

Sin hacer el quite al ejercicio mismo de la escritura, la autora plantea que las palabras, el lenguaje, pueden venir de la lengua, pero “no puede otra cosa la mano / que escribir este libro”. La escritura, en este escenario, sería otra forma de articular y comunicar el pensamiento, también parte del cuerpo.

En la separación de órganos planteada en Cabeza y corazón es una ostra emerge una declaración: “Mayor es mi lealtad / al corazón que a la cabeza”. Desde el inicio se sabe que las palabras están cargadas de sentir, es decir, la lengua actuaría en virtud de ello:

“pero la boca nada piensa, solo dice

y no para de fruncir los labios, mover la lengua, apretar los dientes”

La lengua no es dueña de las palabras, pero ejecuta, comunica y se apropia incluso a través del gesto de aquello que el cuerpo siente.

Cabeza y corazón es una ostra, poemario publicado en 2024 por la editorial chilena Bisturí 10, se despliega sobre el cuerpo como la suma de un todo. Cada órgano, cada articulación ejecuta la acción que le es inherente como ente independiente que moviliza el conjunto y, eventualmente, va al encuentro de



ILUSTRACIÓN POR FA CASOL

LENGUAS

Escuchó la noticia cuando estaba lavando los platos. La tele estaba prendida en el living, demasiado fuerte como para ignorarla, y entre el ruido del agua y el metal de los cubiertos, escuchó la palabra lenguas. Cerró la llave y dejó un vaso a medio enjuagar.

En la pantalla hablaban de fosas comunes encontradas en las afueras de la ciudad. El periodista hablaba de varias tumbas encontradas en las afueras de la ciudad. Cuerpos enterrados sin lengua. Los forenses creían que habían sido arrancadas a mordidas. La frase quedó flotando en la cocina, y con ella volvió un recuerdo que llevaba años sin aparecer.

Cuando era niña su hermano mayor tenía un juego. Decía que las mentiras se notaban en la lengua, que los mentirosos la tenían más blanda, más cobarde. Para comprobarlo le pedía que la sacara. Ella obedecía, porque él siempre hablaba como si supiera algo que los demás ignoraban. Entonces, él se inclinaba y le mordía la lengua. A veces apenas apretaba, lo suficiente para que doliera un poco y ella aprendiera la lección. Otras veces lo hacía con más fuerza y el sabor de la sangre aparecía de inmediato. Si lloraba, él se reía y decía que eso era la prueba de que estaba mintiendo. Durante años el juego se repitió en la cocina, en el patio, incluso en la pieza de él cuando los papás no estaban.

—Las mentiras se castigan—decía y la lengua es la que paga.

Verdades y mentiras. Lenguas y dientes. Lágrimas y castigos que a ella ya no le parecían normales, que ya no quería seguir soportando. Él le recordaba que era su deber educarla, que había demasiada gente que no había sido educada de la forma correcta y por eso el mundo estaba lleno de mentirosos. Que ella nunca sería una de esas personas.

Hasta que comenzaron a dar los nombres en las noticias. La investigación de las fosas avanzaba y el canal repetía una lista de víctimas identificadas. Ella escuchó uno, luego otro, y sintió algo extraño en el estómago. Eran nombres del barrio donde había crecido. Gente que recordaba vagamente: el hijo del panadero, un tipo que arreglaba radios, una mujer que vivía dos cuadras más allá. Todos desaparecidos hace años. Todos encontrados ahora sin lengua. “A mordidas”, insistía el periodista. Apagó la tele, pero el recuerdo de los dientes de su hermano seguía ahí, como si alguien estuviera probando nuevamente su boca.

Pasó una semana tratando de convencerse de que era imposible. Veinte años eran demasiado tiempo para imaginar que alguien seguía viviendo igual que antes. Pero cada

vez que volvía a escuchar los nombres en la televisión pensaba en él. En su forma de decir que los mentirosos se merecían ese castigo. En cómo disfrutaba cuando ella lloraba. Al final, decidió ir.

La casa estaba peor de lo que recordaba. El jardín muerto, la pintura descascarada, las ventanas sucias. Tocó la puerta y nadie respondió, así que empujó. El olor la golpeó primero: humedad, alcohol, algo agrio que parecía venir de las paredes. Lo encontró en el living, hundido en un sillón que había perdido el color original. Estaba más flaco de lo que esperaba, la barba sucia, los ojos apagados. Sobre una mesita a su lado había una caja metálica. Él la acariciaba con la punta de los dedos, como si fuera algo frágil.

Por unos segundos pensó que quizás estaba ciego, o tenía algún daño cerebral, hasta que le clavó la mirada con una intensidad que la remeció hasta los huesos. Los reencuentros nunca suelen ser como la gente los espera, pero el miedo que ella estaba sintiendo era más o menos lo que siempre creyó que la invadiría si volvía a ver a su hermano. Le hizo la única pregunta que era válida en ese momento: ¿Tuviste algo que ver con lo que pasó?

Él sonrió. Era la misma sonrisa torcida de cuando eran niños.

—Los mentirosos se castigan—dijo—. Tú eras

una mentirosa. Pero te fuiste antes de que pudiera castigarte de verdad. Ellos no se van. Sus mentiras se quedan conmigo.

Abrió la caja.

Adentro había lenguas. Oscuras, secas, encogidas por el tiempo, ordenadas como si fueran una colección. Ella no pudo moverse. El aire parecía haberse vuelto espeso. Cuando quiso hablar ya era tarde. Sintió un golpe en el pecho y cayó hacia atrás. Su hermano se lanzó sobre ella y, en el forcejeo sus bocas, chocaron con violencia. Los dientes se encontraron primero, luego la carne. El dolor llegó al mismo tiempo que el sabor de la sangre. Por un segundo pensó en apartarse, en empujarlo, pero sus mandíbulas ya estaban cerradas. Él mordía con furia, ella respondía igual, como si el juego de la infancia hubiera esperado veinte años para terminar de una vez.

El dolor creció hasta volverse una sola cosa con el miedo. Cuando el cuerpo de él se volvió pesado y dejó de moverse, ella ya no podía distinguir si el sabor metálico era de su sangre o de la de él. Ambos quedaron tendidos en el suelo, unidos por ese último gesto. Un ciclo viejo, hecho de mentiras y castigos, cerrado finalmente entre dos lenguas que ya no volverían a decir nada.

POR MARTÍN SEPÚLVEDA

DISCURSO SOBRE LA LENGUA

(PARA ESTUDIANTES DE LITERATURA)

GABRIEL ÁNGEL SÁNCHEZ

La lengua respira como cualquier otro órgano. Y aunque no sé si es un órgano lo digo no más. Porque la lengua tiene esa virtud (o desdicha) de poder replegarse para decir las barbaridades más grandes del mundo. En la historia la cosa es bien clara.

El psicólogo canadiense Humbert Goldschmidt, en 1938, caviló sobre la lengua, así como lo estoy haciendo yo. En un experimento que poco tuvo de ético reunió a cinco niños, uno por continente y los hizo sacar la lengua los unos a los otros. El asunto terminó como se esperaba, con golpes para arriba y para abajo, y Goldschmidt no interfirió. Dejó que los chicos se sacaran los ojos a combos y patadas.

Y es que uno de los elementos que unía a la lengua en los cinco continentes era su carácter ofensivo. La proxémica así lo indica: sacar la lengua es un signo paraverbal que indica una molestia para con el otro. Lo curioso del caso (y así observó el psicólogo) es cómo un gesto tan inocuo, que también podía responder a una manifestación de asco frente a algún producto comestible añejo, o-en este caso- a la orden de un investigador, tiene la capacidad para interpretarse como un ataque proporcional a un combo en la cara. La conclusión de

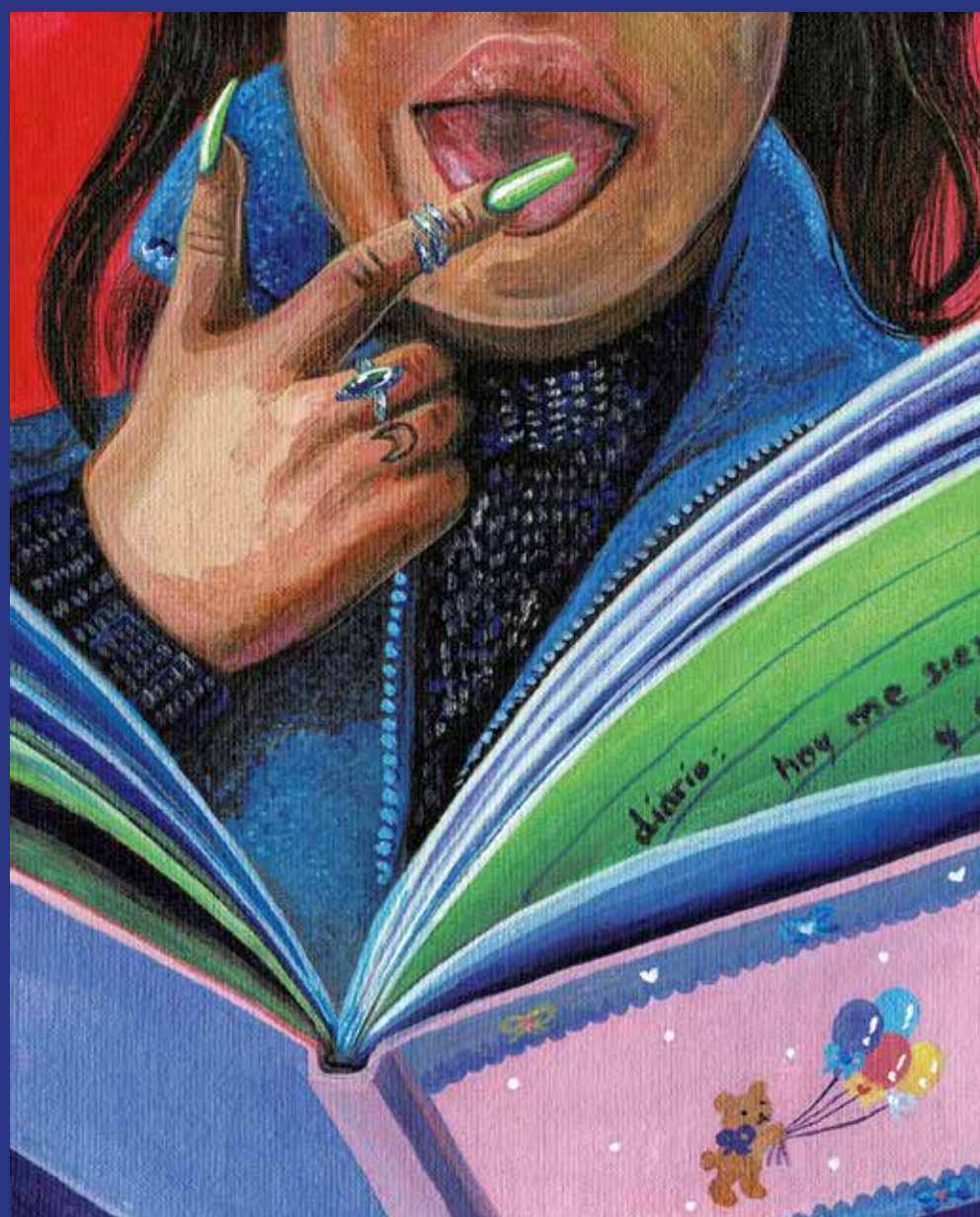


ILUSTRACIÓN POR CINTHYA RUBIANES

Goldschmidt: la lengua es poderosa.

Tan poderosa es la lengua y su capacidad de seducción, que toda aquella historia sobre Goldschmidt es inventada y surgió a partir de una improvisación compulsiva de quien les habla ahora a ustedes, jóvenes universitarios a punto de salir al mundo laboral como literatas y literatos, luego de que el director de esta misma facultad me pidiera que divagara sobre la lengua. Yo quizás lo entendí mal. Acaso si me lo hubiese pedido el decano de la carrera de odontología la historia hubiese sido otra. O mejor dicho hubiese virado para otro lado. Porque además de replegarse, la lengua es capaz de girar en su propio eje, para contradecirse, para tomar atajos, para jugar con los reveses del lenguaje, para decir lo que se quiere y lo que no se quiere, para mentir, para decir la verdad, para cimentar su camino a la fama o su descenso a los infiernos. En fin, en este oficio al que están a punto de arrojar, que es la habladuría,

solo tienen eso, así que más les vale que lo usen bien. Aunque bueno, si se equivocan, tranquilos, no van a matar a nadie como sí puede hacerlo un odontólogo con un bisturí; en nuestro caso, no pasa nada.

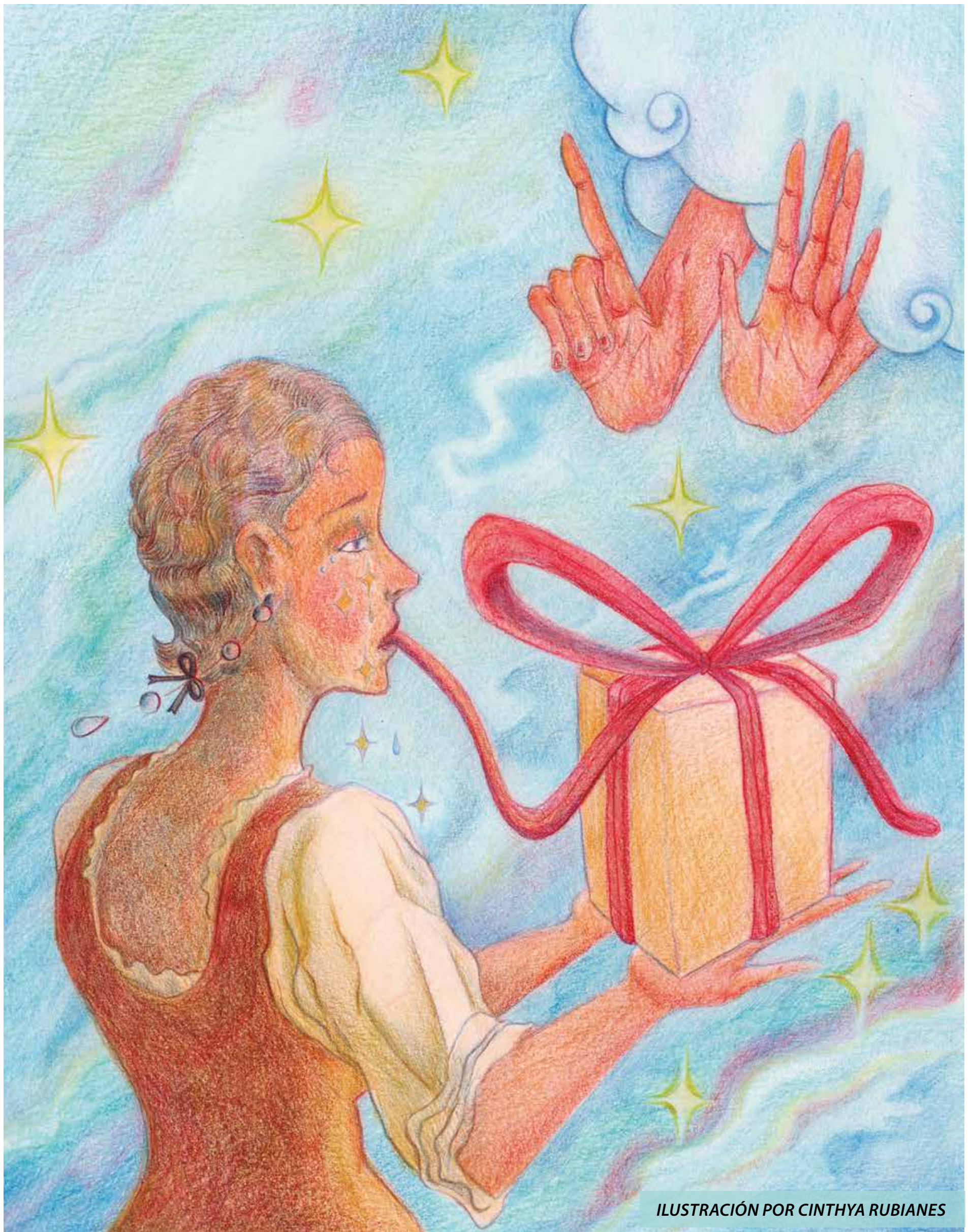


ILUSTRACIÓN POR CINTHYA RUBIANES

NO FICCIÓN

Por la boca muere el pez y también el gato y el tigre y por supuesto que el ser humano y el pájaro y la serpiente y cualquier otro animal que se trague su propio veneno por andar abriendo el hocico de más. Hablar sin detenerse a pensar es casi una pasión; veganos que dicen que el homo sapiens es herbívoro por naturaleza, comentaristas políticos cuyos porcentajes para analizar el mundo suman 102% y un profesor que en el colegio me dijo que alegría en inglés se dice alegry. A veces caemos por ignorancia, a veces simplemente la conexión entre cerebro y lenguaje nos traiciona, a veces el asunto es tontera y otro montón de veces nos hundimos derechamente por desubicación. Y ocurre también el fenómeno lingüístico terrible de la exageración, la palabra incisiva que decimos en compromiso teatral con las emociones, el conjuro invocado para destruir al oponente, la maldición que produce la profecía. De esas palabras demasiadas veces no se regresa.

Lo que ocurrió entonces y la raíz del problema, fue que le dije muérete a alguien que se murió. No me refiero a una persona random que murió eventualmente y en su ley, sino a un amigo que murió trágicamente el día después de nuestra pelea. Fue una pelea estúpida por un regalo de cumpleaños que no quiso aceptarme, y yo por supuesto no deseaba su muerte en serio, fue algo dicho en el calor del momento, como quien le grita a alguien te he dicho mil veces que hagas tal cosa, sabiendo ambas partes que mil es una exageración necesaria para hacer llegar el punto. Le dije muérete y por arte de magia el oráculo se cumplió. La culpa fue tal que empecé a ir a la iglesia en secreto y a tomar como enfer-

ma. Cualquier cosa y todo lo que existe, vodka, ron, vino, pisco, cognac, cerveza, aguardiente, grapa, absenta, whisky, gin, chicha de maíz, everclear, brandy, chupilca del diablo. Claro, en un principio no quería hablar con nadie, no confiaba en mí misma, pero después se me soltó la lengua y empecé a hablar hasta por los codos, las patas, las rodillas y los dedos. Hice setecientos mil podcasts y fui a cuatrocientas fiestas diarias buscando orejas y cocaína, tussi, alprazolam, clonazepam, malas juntas, carreras de autos, orgías, clandestinos, hablando y hablando y hablando más y entonces vino el accidente.

Vino el accidente y estuve un rato clínicamente muerta. Fui al cielo y volví habiendo perdido mi orgullo pero habiendo también recuperado la alegría. El cielo es cien por ciento verídico y real y todos los sinónimos posibles que signifiquen auténtico, existente e innegable. El genuino y legítimo cielo es brillante pero oscuro, como un cuadro de Caravaggio con iridiscencia new age. Suena superficial decirlo así, pero es la mejor manera que tengo para describirlo. Pasé para el otro lado durante un tiempo indeterminado que en cronología terrestre fueron diez minutos. En ese lapso viajé por un tubo parecido a los de los parques acuáticos pero lleno de imágenes y vi mi nacimiento, la cara de mi mamá cuando me vio por primera vez y un diaporama de las casas donde he vivido.

Vi fotos de todos los amigos que ya no me quieren, de todas las mascotas que ya se me murieron y las caras de un montón de gente que no supe ni sé quienes son. Nadie me cree cuando lo cuento pero el cielo tiene sabor a limón sutil y textura de ceniza y hay pequeños seres antropomorfos que construyen vidas y después las destruyen. Nadie me va a creer nunca pero en el cielo se baila techno y se come sopa y las cosas importantes son pocas pero son realmente importantes, no importantes a medias. Hay naranjos y otros frutales no terrenales y se anda en velero por dunas de sal. En el cielo nada de lo que decimos se toma en serio porque las palabras son corrupciones terrenales dependientes de la gravedad y nadie jamás se ofende ni se muere por algo que dijiste sin tomarle el peso.

El accidente me hizo volver a algo que soy, pero volver realmente al mundo significa que te empieza a doler todo el cuerpo y tienes que hacerte cargo de las consecuencias de tus actos. Los días te intentan

decir algo incomprendible pero gracioso y la gente piensa que nunca te fuiste y no entienden por qué estás tranquila si tu situación es tan catastrófica. Volver al mundo en un hospital también significa que recibes visitas que no quieres recibir y las enfermeras te interrogan. Yo solo quería dedicarme a pensar, ver teleseries y hacerme las horas livianas recordando esta experiencia mística que es la única que he tenido y quizás la única que voy a vivir, pero entonces llegó una chica muy joven a la cama de al lado y algo en ella me hizo querer hablar de nuevo. Le conté todo con detalles.

Todo. El parto, la incubadora, mi infancia, la vaca enrabada que me persiguió en el campo a los nueve años, los cumpleaños con leche con plátano y coreografías de Xuxa, el bullying, el exhibicionista del barrio, el compañero de curso que se hizo caca en la sala y generó una ola de vómito, los recuerdos de vidas pasadas, el payaso asesino, el disfraz de ballena azul para el Día del Mar, el ruido del secador de pelo en invierno, la adolescencia y la timidez, el hardcore punk, los comentarios de las tías sobre mi cuerpo, el choque de auto de mi hermano, el arresto de mi abuelo, esa vez que con el Carlos nos dimos besos y vomitamos, las otras historias de olas de vómito a distintas edades, la fractura de cráneo en el cerro, el sonido de la ambulancia acercándose, la universidad y sus nuevas desgracias, la cesantía y el romance como experiencias similares, el pololo que me robó plata, el indio pícaro gigante que heredé y vendí en tiempo récord, la fobia a Mr. Bean, la idea tortuosa de querer trascender y hacer algo importante con mi vida, el enamoramiento espantoso con el paramédico casado, el trauma en Fantasilandia, la mañana que desperté encerrada por fuera con llave y el Javier estaba llorando porque los hombres que llevamos al departamento lo habían abusado de todas las formas posibles, la noche que sin querer ayudamos a un desconocido a robarse un auto en Valparaíso y después nos interrogaron en la comisaría, la historia de la abuela terraplanista y científica a la vez, mi amigo al que le dije muérete y el regalo de cumpleaños, la canción Bigmouth Strikes Again de The Smiths, lo que dije fue una broma, no tengo lugar en la raza humana, ahora sé cómo se sintió Juana de Arco, los vicios, la evasión, la verborrea, el accidente, el más allá, la sopa etérea y el punchi punchi divino. ¿Y tu amigo estaba en el cielo? No ¿Y eso es porque se suicidó? No, es porque era medianamente famoso ¿Y eso? Bueno, era la verdad. Nadie famoso vive en el cielo, eso es una mentira absoluta que nos han intentado hacer creer. El cielo no tiene lugar para premios ni farándulas, está lleno de abuelas buenas y chistes y hue-mules y bebidas zero y tampoco hay espacio para la ficción porque la imaginación solo es posible si tienes los pies bien puestos en este planeta.

POR JOSEFINA GONZÁLEZ





@revistalalengua

Revista La Lengua es un suplemento literario de El Ciudadano, financiado por el Fondo Nacional del Libro y Fomento Lector del Ministerio de Culturas, las Artes y el Patrimonio.



**Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio**

Gobierno de Chile